

Los Sentidos de la Vida

Newton Cunha

Tanto la filosofía como la religión se ocupan del significado de la vida porque buscan una respuesta a los mismos problemas o preguntas humanas: ¿qué es el mundo?, ¿por qué estamos en él?, ¿cómo debemos actuar?, ¿qué nos espera con la muerte? ¿Una nueva vida eterna (sin tribulaciones) o el pacífico e igualmente eterno olvido? En otras palabras, ambas proporcionan una explicación de los orígenes de las cosas y sus fines últimos.

Pero la filosofía se ocupa de otros fenómenos, sólo humanos y no divinos, y los investiga de manera diferente a la de la religión. En general, quiere ofrecer una razón a los fenómenos generales del mundo, que son también las cosas cotidianas, pero de una manera no particular, sino universal. Por ejemplo, ¿cómo se hace y cuáles son los límites del conocimiento? ¿Qué podemos considerar como verdad? ¿Cómo deben comportarse los hombres en la sociedad, es decir, para qué sirve la ética, la moral o la ley? ¿Cuáles son los fenómenos del lenguaje y del arte?

Desde su nacimiento entre los griegos, el pensamiento filosófico no ha pretendido resolver los problemas de la vida, sino aclarar, explicar los acontecimientos de la naturaleza y de las sociedades y por este medio, que es el del "amor a la sabiduría", consolar la angustia natural de los hombres, especialmente sus sufrimientos físicos o espirituales y el pavor ante la certeza de la muerte. Así, si la filosofía pretende explicar el mundo racionalmente, también, y por esta misma razón puede ser un lenitivo, un consuelo para la vida.

La pregunta sobre el significado o sentido de la vida solo puede ser formulada, inicialmente, por una entidad que es consciente de sí misma y de lo que la rodea espacialmente (*cum + scientia*). Es decir, una entidad que piensa y sabe que piensa, que reflexiona sobre los fenómenos: lo que viene antes, lo que capta su percepción, cayendo bajo la acción del pensamiento. Este ser, el hombre, es completamente original en medio del universo porque indaga sobre su propia naturaleza y destino. Más que un simple ser físico y biológico, es capaz de los comportamientos más diversos posibles, incluidos los desinteresados, como la compasión o la belleza. O, como dice Lecomte de Noüy (*La Dignité Humaine*), repitiendo en parte a Kant y su análisis de la estética, él es "el único ser que experimenta la necesidad de realizar actos inútiles". Y no importa cuán materialistas seamos, no se puede negar que solo creemos o estamos convencidos de una existencia absolutamente material porque esta es una de las muchas visiones del espíritu, es decir, de los sentimientos y pensamientos abstractos.

Por esta razón, hay tres respuestas inmediatas a la pregunta: la vida tiene un significado definido; la vida tiene múltiples significados; la vida no tiene sentido alguno.

Si una persona cree firmemente que es una criatura generada por Dios, no por accidente, sino en vista de un propósito y un futuro, una segunda y definitiva vida, entonces la que experimentamos aquí en la Tierra, materialmente, es un vestíbulo, una preparación o un prueba de la vida eterna y divina, ya sea salvada o condenada. El propósito o la perspectiva ya se le han dado anteriormente y le corresponde conducir su vida de acuerdo con las escrituras canónicas y sagradas de la religión adoptada, de acuerdo con los cultos y rituales prescritos.

Todavía se puede tener el concepto de vida, desde un punto de vista religioso, de que es una gracia otorgada por los dioses, o simplemente por naturaleza, a la contemplación de sus obras, pero sin que esa contemplación o experiencia que nos lleve a otra vida. En cierto modo, los griegos así lo entendieron, separando claramente el mundo eterno de los seres divinos del mundo efímero de los seres humanos. El hecho de que el hombre se asigne una dignidad no implica necesariamente un destino más allá del que vive. En resumen, no sería una religión redentora.

De lo contrario, si la persona es incrédula, atea o agnóstica, entonces tendrá que encontrar o construir un sentido por sí misma. En otras palabras, se asume que el universo no tiene ningún propósito ni significado. ¿Por qué debería? ¿No es suficiente el hecho o la realización de su existencia? El universo está justo ahí, transformándose continuamente. Y nosotros también. Sería una absurda prepotencia de la propia razón el querer encontrar un sentido al fenómeno de la vida. La conciencia misma traería consigo, infundido, este "pecado original".

Esta persona se enfrenta a una situación que se puede decir más complicada, porque implica la libertad de actuar, pero también la responsabilidad de todos sus actos. En otras palabras, se ve en la circunstancia de establecer valores o principios (aunque muchos no se molesten por ello) y objetivos a alcanzar. Esto también significa que el hombre no tiene una esencia o naturaleza predeterminada. Sus principios iniciales y objetivos finales pueden ser absolutamente personalistas, individualistas, o colectivos, éticos, comunitarios.

Todo ser humano actúa en busca de placer y al mismo tiempo busca evitar el dolor, el sufrimiento. Esta condición doble e

interdependiente es común a toda la raza humana en todas sus épocas y constituye el paso inicial en la búsqueda del sentido de la vida. Por otra parte, un propósito más inmediato es sobrevivir, mantenerse vivo sólo por el mayor tiempo posible (fuerza o determinación llamada, por ejemplo, *conatus* por Spinoza, o *der Wille*, según Schopenhauer). Esto lleva a muchas personas a aceptar o a vivir con conductas degradantes, absurdas, irracionales y violentas. En cualquier caso, la vida misma, entendida como un milagro, una especie de gracia (divina o natural), o incluso un acontecimiento extremadamente raro (pensemos en lo inorgánico que prevalece en el universo), se bastaría a sí misma y ya contendría todos los sentidos.

O su significado se situaría en una utopía social, exclusivamente humana, es decir, lo que se lograría en una sociedad en la que la vida sería la expresión de la felicidad más perfecta (lo que eso signifique y necesite), en la que desaparecerían los males de la pobreza y la injusticia, en la que prevalecería la fraternidad y el bienestar común. Esta idea pone su acento en un sentido colectivo, y no en un sentido personalista o individualista, asumiendo que lo que importa es la especie, no el individuo concebido singularmente.

Pero sigo siendo de la opinión de que hay varios sentidos humanamente posibles, es decir, dependientes sólo de nosotros mismos en nuestro corto viaje. Sentidos que dependen de la cultura, de la historia, de las condiciones de vida. Por esta razón, en opinión de Nietzsche, los griegos inventaron no sólo la tragedia, sino muchas de las artes que les sirvieron como compensación por la trágica visión de la vida. Y lo mismo podría decirse de las ciencias, de las técnicas, de la propia filosofía, o de las actividades

políticas y económicas. Son como criaturas o niños que nos acunan en nuestro abandono o desamparo.

El sentido de la vida para un hombre de Cro-magnon (un gran pintor de cuevas), o para una persona de la antigüedad, no era el mismo que el deseado por el hombre medieval o un industrial o militante comunista del siglo XX, así como para un adolescente de nuestra época, que experimenta y alucina con una sociedad de consumo, de modas pasajeras y espectáculos grandiosos y sensuales. Aunque pensemos en las condiciones sociales de la antigüedad, o en nuestra historia colonial, el significado de la vida para un esclavo no era el mismo que el deseado por un cortesano, un príncipe, un hombre libre de la pequeña burguesía, un filósofo griego, un navegante fenicio o un guerrero, ya fuera tupí, celta o galo.

Dado que la vida puede tener muchos sentidos, dependiendo de la formación recibida, la familia, la cultura, el tiempo, las oportunidades que han surgido, las actividades profesionales diarias, yo diría que entre los sentidos más comúnmente deseados están: generalmente, la felicidad; más específicamente, el amor (en sus diferentes acepciones, como *eros*, *philia*, *agape* o *pietas*), el conocimiento, la riqueza, el poder, la caridad o la filantropía, la celebridad.

Otros dos, que también podemos encontrar, más raramente: la recolección, es decir, una vida lejos del propio mundo (*e/ contemptus mundi*), o la experiencia de un gran logro histórico. Por ejemplo, haber luchado en una guerra, haber participado en una Olimpiada, tener un "gran logro" hasta ahora inaudito y digno de la admiración de sus contemporáneos, como un descubrimiento, un

invento científico, una obra poética admirable o una hazaña deportiva.

Por último, quisiera llamar la atención sobre otros dos aspectos. El primero de ellos es que la preservación de la vida misma y de sus posibilidades para todos los seres, en virtud de ser un hecho extremadamente raro o incluso único en el universo, debe ser el primer sentido al que aspiremos. El segundo es que hay una diferencia muy importante entre *dar sentido a la vida* (que es algo individual) y *tener una vida digna de sentido* (que nos lleva más allá de nosotros mismos, a una vida trascendente).

Una vida digna de sentido es aquella en la que usted mismo impone la dirección, el propósito, y no sólo se da cuenta de sus cualidades o atributos, sino que los desarrolla al más alto nivel, ofreciendo así una especie de regalo a toda la humanidad, es decir, haciendo la vida misma, para cualquier hombre en cualquier momento, más atractiva o agradable de vivir.

Esta vida que es significativa para sí (subjetiva) y para los demás (objetiva) me parece que contiene el mejor de los sentidos posibles. Para resumir con los consejos de Pitágoras - perseguir y practicar lo que es noble (digno de respeto) y bueno; lo que es útil para la vida común (para todos los *zōou*, seres vivos); lo que es agradable o placentero, decentemente, sin prestarse a censuras y calumnias.